

# LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

NOBLES ARTES. = ESCULTURA.

## EL ANTINOO.

**P**RETENDEN algunos que la estatua del Antinoo de Belvedere representa un Meleagro, ú otro cualquier jóven héroe de la antigüedad; otros tal vez con mas razon le tienen por el Antinoo, que siendo paje de Elio Adriano fué colocado en los altares de Roma (1), y á quien se le consagró en el Egipto una ciudad de su mismo nombre para eternizar el trato ilícito, que tuviera con él aquel emperador. Esta es la opinion que hemos encontrado mas acorde con los historiógrafos de aquel tiempo, y la que, interin no tengamos otras pruebas mas poderosas, hemos de seguir constantemente, á pesar de es-

(1) El respetable Mariana hablando del emperador Adriano se espresa en estos términos, despues de marcar uno de los borrones que oscurcieron su reinado: «La otra fué peor, es á saber: que por el contrario le cayó tan en gracia Antinoo, mozo con quien usaba torpemente, que de la saciedad del retrete, le sacó y puso en el número de los dioses: ca le edificó templo y una ciudad en Egipto de su mismo nombre para eterna memoria de su deshonestidad y sultura: mancha muy fea de las virtudes que tuvo.» *Lib. 4.º, cap. 5.º*: pudiera ademas citar otros muchos autores, que convienen en este hecho, pero la concision y el evitar prolijidades me detienen.

forzarse en probar lo primero Winkelmann.

La destruccion que sucediera algun tiempo despues al imperio de los Augustos, y la oscuridad en que fueron envueltos sus mas espléndidos monumentos, nos han hecho, empero, perder el nombre de su verdadero artista, y por lo tanto han privado á la ciudad del Tíber de una preciosa joya con el nombre de este esclarecido escultor.

La estatua que mencionamos, en su totalidad es una obra que caracteriza la floreciente época de la escultura entre los romanos, al ser trasladado este sublime arte desde Atenas á la patria de los Scipiones, Mancinos y Pompeyos. Su cabeza es indudablemente una de las mas bellas cabezas de toda la antigüedad. Sobre el rostro del Apolo Pyteon, reinan la magestad y la mas noble firmeza; pero sobre el semblante del Antinoo está fija la imágen de una graciosa y tierna juventud, de la pura y exclusiva belleza de ella, de una sencilla inocencia sin muestra alguna que pueda alterar la armonía de sus partes, ni la paz de su tranquilo corazon. Toda la actitud de esta bella figura espresa el mas envidiable reposo y el gozo de sí mismo, cuando reuniéndose los sentidos parece que desdeñan el comercio con los objetos exteriores. Sus ojos están escasamente bovedados, como los de la diosa del amor, pero sin deseos y no respirando mas que la ino-

cencia. Su boca reúne en una pequeña circunferencia una infinidad de vivas emociones sin parecer sentir las. Sus mejillas sustentadas por una agradable robustez y la redondez de su barbilla dulcemente elevada acaban el noble y perfecto contorno de este hermoso adulto. No obstante, su frente aparece llena de una magestad superior á la adolescencia y anuncia un héroe gozando ya de la gloria, en la cual se complace: complacencia tan bien marcada aquí, como en la grandiosa frente del valeroso Alcides.

El pecho del Antinoo está bastante elevado, sus espaldas, sus costados, y sus caderas son de la mas encantadora y esbelta estructura; pero las piernas carecen de las bellas formas, que exige un cuerpo como éste: sus pies están groscremento trabajados, y apenas se le conoce el ombligo. Es de creer que esta parte de la estatua no fué ejecutada por el mismo artista, que produjo las bellezas que llevamos descritas, ó que si le pertenece copió la naturaleza incorrecta con demasiada exactitud desperfeccionando por este medio su creacion.

Nosotros, quizá aventuradamente, nos atrevemos á afirmar lo primero, porque encontramos bastante resistencia en penetrarnos de que el genio, que supo hacer una eleccion tan bella en lo demas, no pudiese del mismo modo haberlo efectuado con esta parte. Sin embargo, estamos penetrados de que esta figura está llena de rasgos sublimes é ideales, y de que ocupa un lugar preferente entre las venerables creaciones de los antiguos.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.



## Soneto.

Ya el puro albor de la mañana dora  
La cima de las sierras empinada,  
Y de serena tinta sonrosada  
Las blancas nubes en Abril colora.  
En las selvas el ave su canora  
Música suelta al aura regalada,  
Y en la undivaga linfa nacarada  
Pinta el arroyo la beldad de Flora.  
De los céfiros blandos al arrullo,  
Desplegando su armiño la azucena,  
Embalsama los prados de ozahares:  
Pierde su aroma el virginal capullo,  
Y el Sol salva de montes la cadena  
Luz y colores arrojando á mares.

JUAN JOSE BUENO.

## HISTORIA.

SU VERDADERA DEFINICION.

LA historia, segun su mas justa y célebre definicion, es *filosofía enseñando con el ejemplo*. El fruto esencial que se ha de sacar registrando los archivos del tiempo, es el de evitar aquellos errores que han sido injuriosos á la humanidad, y saber cómo el bien y felicidad general puede promoverse mas cierta y efectivamente. Si la historia no se escribe, ni se lee con esta disposicion de ánimo, y con esta mira, se sacará tanta utilidad de leer los anales de las monarquías, como de los cuentos y novelas de Amadis y de Orlando. A proporcion que sea mayor la ciencia histórica, debemos esperar que aumentará la felicidad; y sea el que fuese el estorbo pasajero que se oponga al progreso del género humano, hácia aquella perfeccion de que su naturaleza y condicion son susceptibles, quedan en el órden moral del Universo indisolublemente asociadas. *Ciencias, virtud, y felicidad.*

Cádiz.

B.

# CADIZ.

A mi amigo D. José María de la Torre.

MIRADLA allí! Por Hércules fundada  
Reina del mar sobre las olas juega,  
Que esa hermosa ciudad tan celebrada  
Su blanco manto enrededor despliega.

Nada se opone á su poder inmenso,  
Sus altos muros verde mar respeta,  
Y de la oscura noche el velo denso  
Rasga su faro con la luz inquieta.

Gades, Gades, adios.—El alma mía  
Se goza al recordar tu gentileza,  
Pues no hay ciudad, en cuanto alumbrada el día,  
Que pueda competir con tu belleza.

¿Qué eres flotando en las soberbias olas  
Del imperio salobre que te acata?  
¿Velo navegando tal vez con banderolas  
Sueltas al aire de brujida plata?

¿O canasto de flores olorosas  
Que brilla entre blanquísimas espumas,  
Cual flotan en las noches vaporosas  
Las que levanta el mar húmidas brumas?

Ah! tú eres reina de elemento impío,  
Tu beldad su furor, Gades, enfrena,  
Derrocando del ola el poderío,  
Del ola que á tus pies muere la arena.

Tú eres la concha nacarada y pura  
Que perlas guarda, cual el Sol brillantes,  
Pues perlas son, y de divina hechura,  
Los rostros de tus bellas fulgurantes.

Al ver tanta hermosura, entusiasmados  
Palpitan de placer los corazones,  
Que á su imperio los pechos subyugados  
Tienen, y realidad las ilusiones.

Son sus ojos centellas: sus miradas  
La hoguera del amor encienden luego:  
Llevándose del alma, despiadadas,  
A par de ondas suspiros el sosiego.

¡Oh! ¡quién al observar el bello día  
Hundirse con sus luces falleciente,  
Y al contemplar la mágica armonía  
De los ricos matices de occidente,

No bendice al Señor que le creó,  
Que dió al mundo la luz, el Sol y el cielo,  
Y esa alfombra espumante desatara,  
Porque besase tu soberbio suelo!

Gades, Gades, adios!—El alma mía  
Jamás olvidará tu gentileza,  
Pues no hay ciudad en cuanto alumbrada el día  
Que pueda competir con tu belleza.

MANUEL CAÑETE.

Granada.—29 de Abril de 1840.



# EL MANUSCRITO DE UN SUICIDA.

## Novela Original.

(Continuacion.)

»VUELVO á tomar la pluma, venerado padre mio. La idea de que voy á referiros trágicos acontecimientos producidos por mi imprudencia, me anonada, me confunde. ¿Qué censor mas severo que un padre justamente irritado? Ah! compadecedme: tened piedad de un hijo que os confiesa sinceramente sus delitos, al paso que ha resuelto cometer aun el mas enorme. ¡Tal es mi cruel destino!

Intentar describiros los peligros en que me ví durante mi navegacion, seria dilatarme demasiado. Baste decirnos que las frecuentes borrascas nos impedian seguir nuestra derrota, poniéndonos muchas veces á riesgo de hacer naufragio; mas mi suerte, menos infausta si entonces me hubiera hecho pasto de los peces, me reservaba sin duda para depositar en mi corazon todos los tormentos juntos que agitan á los mortales.

Llegamos finalmente á Cádiz. Allí supe que mi amigo Eduardo vivia en Sevilla con su familia: tenia necesidad de su auxilio y determiné ponerme cuanto antes en camino. Con efecto tuve el placer de abrazarle y de recibir con reconocimiento esquisitas pruebas de su verdadera amistad. ¡Ay de mí! ¡cuan prontamente desmentí esta gratitud que hacia mi dicha!...

El generoso Eduardo se compadeció de mí al oír la relacion de mis aventuras. Me ofreció su proteccion en cuanto estuviese al alcance de sus facultades, y al mismo tiempo me aseguró que

coadyuvaria lo posible para obtener de vos mi perdon. «Un padre que ve á su hijo arrepentido, me decia, depone todo su rigor, y no oye mas que el grito de la naturaleza: este grito penetrante le toca el corazon vivamente, y le ahoga todo resentimiento.» Obcecado en que seria eterno vuestro justo enojo, supliqué á mi amigo no pensase por entonces en mi reconciliacion. Eduardo no insistió mas; y aprobando que permaneciese con mi supuesto nombre hasta que llegara el caso que él se prometia, hizo las mas eficaces diligencias para procurarme un acomodo. Al cabo de algunos dias logró colocarme en una de las principales casas de la ciudad que giraba mucho con el extranjero. Mis cortos conocimientos en mi idioma patrio, en el inglés, español é italiano, único fruto que sacó mi incuria de la educacion que me disteis, me fueron de la mayor utilidad. Entónces conocí el tesoro inapreciable que poseen los que se dedican á este género de estudio. Tuve la suerte de agradar á mi principal, y en breve tiempo depositó en mí su mas íntima confianza. Sin embargo de que jamas habia cursado los cálculos mercantiles, algunas lecciones que me dió Eduardo y la necesidad de aplicarme, me pusieron en estado de desempeñar mi encargo á satisfaccion de ambos.

Entretanto. Eduardo y yo éramos inseparables en nuestros ratos de ocio. Nuestras frecuentes conversaciones recaian siempre sobre el mérito de muchas señoritas de la ciudad, á quienes

ya conocia. Sabia que mi amigo estaba enamorado, pero nunca habia querido decirme el objeto de su pasion. Una tarde que nos hallábamnos en el paseo de bastante buen humor, le hice vivas instancias para que me lo declarase. Eduardo conviene en ello, y me refiere lo siguiente. Perdonad, padre mio, si os parece sobrado prolija mi narracion; pero es preciso que nada ignoreis para venir á parar á las circunstancias mas deplorables de mi vida. Eduardo es el que habla:

«Cerca de dos años há, querido amigo, tiempo en que yo vivia aun en Cádiz, que vine á esta ciudad sin mas objeto que divertirme algunos dias. Visité su magnífica catedral, su soberbio álcazar, monumentos de reales y fantásticos recuerdos: ví las ruinas de la famosa Itálica, ofreciendo en cada fragmento un simbolo de la gloria inmortal de los emperadores que se mecieron en ella en doradas cunas; respiré el aroma delicioso de sus floridos jardines: pasé las orillas del caudaloso Guadalquivir: admiré el sepulcro de nuestro buen rey: me estasié á vista de los animados cuadros de sus grandes artistas; y finalmente hallé en las obras de sus celeberrimos poetas, pasto abundante para saborearse con él el entendimiento, la fantasia y el corazon. En estos gustosos entretenimientos me olvidaba hasta de mí mismo, cuando llegó la velada de S. Juan. La amenidad del sitio donde suelen situar la feria, es mas bien para gozada que no para descrita. Los árboles frondosos de la estensa alameda, ofrecian en sus verdes copas otras tantas repúblicas de pajarillos, deslumbradas con los vistosos y variados vasos de colores que adornaban sus ricas fuentes. Muchos naturales del pais arman sus danzas al son de rústicos instrumentos, y cruzan por el numeroso concurso que se ocupa en comprar golosinas para obsequiarse mutuamente; porque has de saber, que las mas de las damas se pre-

sentan tapadas para hacer el simulacro de un baile de máscaras. En esta velada, pues, me ví, recreado con la multiplicidad de objetos tan festivos. Entre las gentes que estaban sentadas en bancos de piedra debajo de los álamos, habia dos tapadas, una de las cuales me llamó al pasar por su lado: usaron de la cortesia de hacerme sitio, y me senté entre ellas todavía sin poder atinar quienes fuesen. La dama que al pasar yo me habia saludado llamándome por mi nombre, comenzó á entablar conmigo una conversacion, por la que conocí era una señora que me honraba con su amistad. Entónces me empené en saber quién era la persona que la acompañaba, y á fuerzas de instancias conseguí que entreabriera el manto; pero si entre nubes se me hubiese aparecido repentinamente un ángel, creo que no hubiera hecho en mi alma impresion tan profunda, como la que me causó la vista de aquella peregrina belleza. ¿Qué puedo añadirte? Era jóven, modesta y encantadora, y en un solo momento me arrebató la tranquilidad de mi corazon. Mi curiosidad no pudo resistir mas largo tiempo, y felicitándola por ser amiga de una señora tan amable, y á quien tanto estimaba, aventuré algunas preguntas. Entónces supe que era natural de Sanlúcar, en donde vivia con su familia, y que por una temporada se hallaba en Sevilla, hospedada en casa de mi amiga.

Al dia siguiente fui á visitarlas en ocasion que D.<sup>a</sup> Leonor salia á despedir á otra visita: paso á la sala, y gozo del placer de verme á solas con tan amable jóven. Aprovecho este precioso instante, y entre turbado y confuso la declaro la pasion vehementemente que me habia inspirado, las ansias que experimentaba desde la noche anterior, ignorando si tendria ó nó la dicha de ser correspondido, y finalmente cuanto es alusivo á una declaracion de amor en forma.

Su única respuesta fué mirarme con ojos de aprobacion, y bajando la vista incontinenti, retrató en sus mejillas de rosa el rubor que le habia escitado su espresiva mirada. En esto entró Doña Leonor y seguimos hablando un largo rato sobre objetos indiferentes.

Aquella misma tarde nos reunimos en el paseo, y la suerte propicia me concedió mas de una hora de conversacion privada con mi dulce amiga. En suma, de nuestro tierno coloquio resultó el que conviniésemos el modo de correspondernos.

Mas de un año estuve recibiendo sus cartas, ella las mias, y nuestro amor, por uno de aquellos resortes secretos y comunicativos que estrechan á dos corazones de uno á otro polo, en vez de extinguirse con la ausencia, fué cada dia mas fiel, mas firme y constante; pero figúrate cuál seria mi júbilo al saber que mi padre iba á trasladar su casa á Sevilla, en donde hacia ya algunos meses que vivia de asiento con su familia la señora de mis pensamientos y de mi voluntad. Ella tomó una gran parte en mi alegría, y ambos en la actualidad somos felices. Nos vemos á menudo, y en su presencia gozo de todas las fruiciones que solo puede infundir un amor casto y legitimo.» Así concluyó Eduardo.

Como observase que no habia tenido á bien decirme la calidad de su familia, ni adonde vivia, me contenté solamente con lo que me habia referido, y sin tratar de importunarle con nuevas é indiscretas preguntas, le di gracias por su condescendencia. ¡Cuán funesto fué en lo sucesivo su silencio!....

Las ocupaciones de Eduardo le privaron de salir conmigo cierta tarde. Solo y sin determinada direccion comencé á entrar y salir por las calles por via de paseo. La casualidad quiso que acertase á pasar por una calle donde varios estudiantes entonaban una jocosa letrilla acompañados de una ronca guitarra,

panderos y sonajas. La novedad que inspiran unos hombres consagrados al estudio en las universidades, que durante las vacaciones se diseminan por la Peninsula invirtiendo su tiempo en fútiles y degradantes recreos, y viviendo á costa de aquellos que se divierten con sus chistes y travesuras, habia reunido una multitud de curiosos. En este número me incluí bonitamente, admirando el contraste que presentaban las ciencias en unos entes tan desprovistos de urbanidad y compostura. Uno de ellos, que con un roto y mugriento sombrero en la mano pedia descocadamente para la pitanza, haciendo mil gestos ridiculos con el fin de escitar la risa de los espectadores, se encaró particularmente con una belleza que estaba asomada al balcón de la casa delante de cuyo portal formaban un estrecho corro. Hizola una súplica mezclada de requiebros para que gratificase á sus camaradas, y al compas de la música de estos la improvisó unos versos amatorios. Si grandes fueron los aplausos que recibió el poeta de todos los que le escuchaban, mayor fué el impulso que me dió de regalarle en nombre de aquella interesante joven. En efecto, le di cuanto llevaba en el bolsillo. El estudiante astuto, creyendo ver en mí por esta accion, sin duda poco meditada, al amante de aquella beldad, cantó con sus compañeros nada ménos que un epitalamio. Durante la cancion noté, no sin mucha complacencia, que el rostro peregrino de la joven que me habia infundido el mas vivo interés, se habia puesto tan encarnado como la grana. Este preludio fué bien caro para mi corazon.

Al dia siguiente busqué pretesto para separarme de Eduardo, á la hora del anterior, y me atrevi á entrar en la calle en que vivia mi amada incógnita. Tuve el placer de verla asomada á una reja y de que correspondiese á mi saludo: los estudiantes me suministraron asunto para pararme á hablar con ella.

De aquí resultó una cita en ocasión mas oportuna, y de esta otras infinitas que labraron, de un modo verdaderamente extraordinario, la ruina de entrambos....

No quise ocultar á Eduardo que estaba enamorado; bien que mis frecuentes distracciones lo daban á entender bastante; pero si traté de imitar su reserva; de forma que nuestra reciproca amistad tanto tenia de rara y extravagante, al parecer, como de fiel y verdadera. Pero ¿podrá darse el nombre de verdadera á aquella amistad que no hace de dos corazones uno? ¿á aquella que no comunica los sentimientos? ¿á aquella finalmente que huye de revelar un secreto? Opino que sí. Cuando la razón manda las pasiones, ¿qué necesidad tienen estas de ser comunicadas? Cuando las pasiones dominan la razón, entónces sí el hombre ha menester una guía ilustrada. En este caso, yo, que siempre he sido juguete de ellas, debí haber circunstanciado á mi generoso amigo mi amorosa pasión. Eduardo, por el contrario, no necesitaba franquearme su pecho: bastábale á su bondadoso corazón haberme dado evidentes pruebas de su verdadera amistad; ésta se conoce en las obras, no en las confianzas; puesto que son muy indiscretas cuando no se hacen con objeto de pedir consejo. Mas ¡ay de mí! ¿Soy yo el que me atrevo á filosofar así?....

Una aventura novelesca fué la causa de mi infortunio. Cierta noche que en compañía de Eduardo y de otro amigo suyo me hallaba en un café leyendo algunos papeles, se llegó á mí un desconocido, y llamándome á parte, puso en mis manos un billete que contenía estas precisas palabras. «Si vuestro valor corresponde á vuestro buen porte, seguid inmediatamente al dador, y tal vez tendremos motivo de felicitaros.» Pregunto al incógnito si estaba cierto de ser yo la persona á quien se dirigía, y habiéndome contestado que no le quedaba duda,

saludo á Eduardo y al otro caballero prestando un asunto de mi principal, y sigo á mi conductor.

La noche estaba entoldada y la oscuridad era densa. Anduvimos una multitud de calles dando varios rodeos: precaución enteramente inútil, puesto que ya no ignoraba ninguna calle de Sevilla. En fin, despues de haber andado mas de media hora, cuando ya iba yo á indicar á mi guía que había penetrado su designio, enmudezco á vista de la calle donde hacia mis nocturnas visitas. Era aquel paraje tan grato á mi corazón, que lo hubiera desconocido muy difícilmente.

Confieso que la entrada en esta calle me causó suma inquietud. ¿Acaso sería mi adorada Carolina la que me llamaba con tanto misterio? Los caracteres del billete no eran de su mano, ¿quién los habria escrito? Bien pronto conocí el error de este juicio. En frente de la reja de mis citas había una puerta cerrada, en cuyo umbral solia sentarme á esperar al dulce objeto de mis vigias. Mi guía abre esta puerta, entra, y le sigo sin vacilar un momento. Subimos una estrecha escalera. Al llegar al tramo último, mi conductor me suplica le espere un breve instante, y desaparece. El deseo que tenia de ver el desenlace de esta extraordinaria aventura, y principalmente la confianza en mi espada, me inspiraban mas curiosidad que temor. No tuve que esperar mucho. Atravesamos unos corredores, y mi guía me introduce en una sala alumbrada con la luz de un fanal, á favor de la cual la ví soberbiamente amueblada. Contemplándome el primer actor de este drama, juzgué muy conveniente ocupar el mejor puesto. Al cabo de un largo rato, invertido en el exámen de la pieza en que me hallaba, unas puertas vidrieras se abren, y veo venir hácia mí á una dama ricamente vestida, cuyo rostro traía cubierto con un velo blanco. Su modo de andar era magestuoso; su ta-

He, si nó de los mas perfectos (1) era suelto á lo ménos; su estatura mediana, pero de buenas proporciones.... Esta aparicion produjo cierta revolucion en mis sentidos. Mi imaginacion me pintó un semblante peregrino bajo aquella blanca gasa, y comencé desde luego á felicitarle por tan venturosa suerte. Así que la dama incógnita se hubo acercado, me levanto, la presento una mano haciéndola al mismo tiempo una profunda reverencia, y nos sentamos. Algunos momentos de silencio se siguieron, durante los cuales paseaba mi vista por el velo con objeto de descubrir al traves de él aquella dulce y encantadora fisonomía que me habia yo figurado; mas los anchos pliegues que formaba el prendido desconcertaban mi designio. Finalmente, yo fui el primero que rompí esta escena muda.

« No sabré espresaros, señora, la dije, la excesiva sorpresa que ha causado á mi alma esta misteriosa cita, ni ménos daros una idea remota del colmo de mi placer si en algo puedo tener el honor de servirlos. » La dama incógnita suspiró y calla, y yo prosigo de esta manera: « En verdad, señora, ignoro el giro que debo dar á vuestro silencio; pero séame permitido lisonjearme de que no será porque mi presencia os importune, á no ser que vuestro criado se halla equivocado al entregarme el billete. Decidme ¿soy yo el feliz mortal á quien iba dirigido? » — « Si señor, » me respondió una voz suave aunque un poco alterada. El sonido balbuciente de esta voz me confirmó mas y mas en la idea de que hablaba á una jóven belleza, la que sin duda avergonzada de haberme solicita-

(1) He leído, no sé adonde, que la perfeccion de los talles consiste en la suma estrechez de la cintura, y que tanto mas se acercan á su modelo, cuanto son mas atebados del buen gusto. ¿Saben las damas cuál es su modelo? La abispa.

do, no acertaba á proferir ni una palabra. Esta persuasion aguijó mi curiosidad, mayormente cuando nuestra situacion no era nada equívoca; así es que me atreví á apoderarme de una de sus manos y con las mas lisonjeras espresiones que me sugirió mi exaltada fantasía, la insté á que descorriese aquel velo fatal que me impedía considerar sus perfecciones.

« Antes de complaceros, me dijo, desearia vindicar mi estraña conducta hácia vos; pues no dudo un momento que un paso de esta naturaleza os habrá hecho formar un mal concepto de mí. Habreis leído en novelas aventuras de esta misma especie, y tal vez juzgaréis de la presente por aquellas; pero sabed que si el tirano amor estravía á algunas incautas hasta el extremo de hacerlas que se olviden de sí mismas, tambien hay otras que, aunque amantes, primero sabrán morir que envilecerse. Esta prevencion os hago para que nunca os persuadais que mis miras, al traerlos aquí de este modo verdaderamente imprudente, hayan sido ilegítimas. Ahora que ya no dudo de que os contendreis en los limites de la moderacion y de la decencia, voy á daros gusto; y quiera el cielo que se consigan mis deseos. » Dicho esto se levanta el velo. ¡Gran Dios! cuán excesiva no fué mi sorpresa!...

Al principio de este preliminar discurso inferí era una mujer que pretendia cohonestar su conducta hácia mí para hacerme el triunfo mucho mas halagüeño: pero á medida que iba hablando, hallaba mas entereza de la que me imaginaba. Las frases terminantes que habia proferido últimamente, reunidas á la imagen seductora que me figuraba acá en mi mente, y á la voz melodiosa que afectaba, me trasportaron creyendo era sin duda un portento de hermosura y de candor. Pero ¡oh engañosas apariencias! Juzgad de mi sorpresa al ver el rostro de una mujer vieja y horrible. Me parecia un sueño letárgico mas

bien que realidad lo que por mí pasaba. Mi imaginación perdió el prestigio y se me hizo más insoportable la presencia de aquella mujer, que sin esa circunstancia habría mirado con indiferencia. Sin embargo, tuve bastante ascendiente sobre mí mismo para disimular mi disgusto y esperar á que continuase:

« Mi estado de soltera, me dijo, mi absoluta independencia del corto resto de mi familia, y algunos bienes de fortuna que felizmente posco, me han constituido soberana de mí misma y de mi casa: añádesse á esto el que no soy ninguna senectud, pues que solo cuento 28 años (seguramente hacía otros 28 que había cumplido aquella edad). Todas estas ventajas me han hecho conservar sobrado imperio para no dejarme abatir hasta el grado de admitir un esposo indigno de mi clase; bien que si he de hablar con la franqueza que me caracteriza he sido solicitada repetidas veces por sujetos de clases distinguidas que igualaban á la mía; pero mi corazón ha estado muy lejos de corresponder á objetos que no le hacían una fuerte impresión. Así me he sabido sostener con el decoro correspondiente á mi esfera y estado, y cual otra nueva Penélope he despreciado á mis amantes.

Pero lo que únicamente he deseado siempre ha sido unir mi suerte á la de un joven extranjero que consintiese en llevarme á su patria ó á otra cualquiera potencia culta de Europa, donde yo pudiera saciar mi ardiente sed en el lujo y en la moda; pasión invencible que me ha dominado desde ántes que llegara á la edad de la adolescencia.

Pensar en trasladarme á otra ciudad de España para lograr mi intento, es absolutamente absurdo. La razón que me asiste para espresarme así es que desgraciadamente en este reino no somos más que unos meros copistas de las modas, y lo más sensible aun, que no solamente carecemos de ingenio para la invención, sino que tampoco sabe-

mos ser imitadores; pues faltos de los mejores figurines, nuestras modas son tardías, degeneran en las hechuras, y lo que es más, en la calidad de la tela.

Mi decidida inclinación á lo bello me ha hecho mirar estas verdades con ojos filosóficos (1), y últimamente he venido á concluir que á no ser en la fastuosa Francia ó en la soberbia Inglaterra, jamás podré ser feliz. No ignoro que sois francés y que vuestros frecuentes viajes á países ingleses os han hecho reunir el fausto á la magnificencia. Muchos días há que os vi por la primera vez, y desde luego concebí en mí pecho... una pasión... abrasadora... ¡ay de mí!... que hasta entónces no había nunca sustentado.»

La dama al llegar aquí hizo una larga pausa, mas viendo que no la contestaba, prosiguió: «Conozco que os ha dejado suspenso este lenguaje, que tal vez juzgaréis de intempestivo; pero no me faltan razones que alegar para justificarme: razones cuyo peso nadie mejor que vos puede valuar. Con efecto, es bien notorio que en Francia, y en otros países extranjeros, se valen muchas señoritas de corredores de casamientos, ó bien de un aviso en los papeles públicos, para hallar un esposo dotado de las calidades que preceptúan. Ellas esponen sus ventajas, y por estos medios sencillos consiguen culazarse con el hombre que desean.

Nosotras las españolas carecemos de este sabio recurso; de forma que ó hemos de permanecer célibes toda nuestra vida, ó hemos de esperar á ser solicitadas tal vez por personas que nos dis-

(1) Hé aquí el verdadero punto céntrico del coquetismo.

La palabra *filosofía*, en otro tiempo se pronunciaba con veneración á la memoria de los grandes hombres; pero en nuestros días no falta quien la profane filosofando hasta en los asuntos más ridículos.

gustan. Este es el misero estado á que nos hallamos constituidas; pero como me persuado que un proceder semejante al mio no ofende los oídos de un francés, ved aquí la razon porqué os he hecho venir, aunque con todo el sigilo posible para obviar murmuraciones, únicamente con el fin de ofrecer os el don de mi mano.»

Yo, que durante este discurso hube de disimular la risa repetidas veces al ver la extravagancia de esta insustancial aventurera, tuve la precaucion de mostrar cierta perplejidad, con el fin de no desengañarla áspera y descortesmente. Medité algunos instantes mi respuesta y la espresé de este modo:

«Mi delicadeza, señora, acriminaria mi conducta, si no usase para con vos de toda la franqueza que mereceis. Vuestras prendas, vuestro amable carácter y vuestra esquisita finura, seguramente están dotados de la mas feliz persuasiva. No tengo espresiones para manifestaros mi reconocimiento por el favor que pretendéis hacerme, y mas bien quiero parecer á vuestros ojos amante conseqüente que hombre ingrato. A este fin, os suplico me escuchéis, pues voy á hablaros en hipótesis.

Figuráos por un instante que os he dado mi consentimiento, y que estando próximos á celebrar nuestro enlace se presenta un sugeto de superiores calidades y circunstancias á las mías á ofrecer os su persona y bienes. En este caso ¿seriais capaz de dejar burlada mi esperanza? — Ah! ¿podreis imaginaros que yo titubeára un momento aun cuando fuese un monarca que pusiera por trofeos de mis pies corona y cetro? No me hagais jamas tal injusticia. — A pruebo con toda mi alma la delicadeza de vuestros sentimientos. Ahora bien: sabed que mi corazon es igualmente constante é indivisible, y que hace ya algun tiempo que está prendado de un dulce é interesante objeto de quien afortunadamente soy correspondido. ¿Me

será dado desentenderme de él tiranamente posponiéndole al mérito de otro? Este fiel y caro objeto de que os hablo, es digno de los mayores rendimientos, porque el Cielo le ha dotado de tantas gracias como virtudes. Fuera de eso, permitidme deciros francamente que vos en nada le escedeis; por consiguiente juzgad ahora del gran trecho que hay á mi favor en la suposicion que me habeis oido, y me concedereis vos misma que de ningun modo deberé admitir vuestras ventajosas proposiciones, y si solo daros las mas espresivas gracias por la eleccion con que me habeis honrado.»

Mi respuesta surtió todo el efecto que esperaba. Observé que su semblante se habia alterado, y que sus miembros temblaban, no del pesar de ver frustrada su esperanza, sino de cólera viendo abatido su amor propio. Ya iba á ponerme en pie para retirarme con el fin de eludir una ulterior proposicion, cuando Altisidora me sujeta el brazo derecho con su mano izquierda, y vuelta hácia mí de repente, con tono de desprecio:

«Pobre amante, me dijo, ¿qué engañado vivis! Me habeis asegurado que sois felizmente correspondido de esa hechicera personita; pero... supuesto que vuestra repulsa exige que nada os oculte, temblad al saber la noticia que os aguarda. ¿Ignorais que hay otro amante que vela mas que vos? — ¡Cómo! ¿qué decis? la pregunté desconcertado. — La realidad de lo que está aconteciendo: escuchad. Personas que pagadas por mí han acechado vuestros pasos, me aseguraron que veniais todas las noches á esa reja de enfrente, donde permaneciais hasta la una. El deseo de conocer á mi rival hizo que me mudase á esta casa en donde vivo há dos dias solamente. Este corto espacio de tiempo no ha sido suficiente para verla, pero sí sobrado para no dudar un punto de su infidelidad y coquetismo. En efecto os he visto pegado á su reja

hasta la hora referida; mas apenas os habeis retirado, otro muy encubierto ha venido á reemplazaros.»

Este breve discurso me dejó helado: señora, por piedad, la dije, ¿es cierto lo que proferis?—Cómo si es cierto, repuso ella, ¿pensais que sea capaz de burlarme de vos, ni menos de producir sinsabores sin justas causas?—¿Qué seguridades me dareis?—Vuestro propio desengaño. Quedaos esta noche aquí, y yo os situaré en paraje desde donde podreis realizarlo.—Lo acepto, buena señora, lo acepto, y juro que semejante vilipendio no ha de quedar impune.»

El hielo que hasta entónces se habia difundido por mis venas, se convirtió de repente en un fuego sutil y penetrante que me condujo al extremo de prorumpir en algunas desconcertadas exclamaciones. En seguida me despedí de aquella mujer hasta despues de pasada una hora, contando con esperar en su casa el momento de mi suplicio, y habiendo obtenido su consentimiento para salir á la calle en caso necesario á vengar mi agravio.

(Se continuará.)

## A TÁNJER.

### DESPEDIDA.

Mi lira largo tiempo destemplada  
Vuelva acentos alegres á entonar,  
Vuelva á vibrar con melodiosos sonos  
Sus cantares de amar.

Playas del moro, Tánjer la preciada,  
Adios os dicen mis cantos de placer;  
Quedad adios, moriscos torreones  
Que ví resplandecer.

Playas ardientes de menuda arena  
Revuelta entre granitos de coral,  
Dó crece entre mil flores olorosas  
La cristi virginal,

Dó se ostenta la cándida azucena  
Al lado de la rosa y del jazmin,  
Dó visten ricos mantos las hermosas  
Sultanas del jardin :

Vuelvo á mi patria á respirar su ambiente  
Y ensalzar tus encantos desde allí,  
Al lado de mi hermosa nazarena  
Mas bella que una huri.

Siento latir mi pecho dulcemente  
Con este pensamiento encantador,  
Y el alma entusiasmada se enagena  
De esperanza y amor.

Que si tú tienes jardines,  
Surtidores de color,  
Y moriscos paladines,  
Y recamados cojines  
Con perlas en rededor ;

Hay en mi patria querida  
Mas objetos de placer,  
Es la pasion mas sentida,  
Hay mas encanto en la vida,  
Y es mas bella la mujer.

Tambien tenemos pendones  
Conquistas del castellano,  
Y castillos con leones,  
Y arabescos torreones  
Y valientes ciudadanos.

Tenemos en mas valía  
Nuestras preciosas cristianas,  
Que-vosotros gente impta  
Que aumentais dia por dia  
En vuestro harem musulmanas.

Ni comprendeis el amor,  
Ni conoceis sus delicias ;  
Y con labio mofador  
Gozais sintiendo mejor  
De las mentidas caricias.



años no había hecho fortuna por mar ni por tierra, en el comercio ni en la navegación. Si los descubrimientos de Colón habían inflamado á todos los navegadores, es natural que sus glorias llenasen de emulación á su paisano Américo, y no teniendo éste cualidades que le mereciesen la confianza de mando, siendo solo un aficionado y no piloto de profesion, suplicó al almirante Alonso de Ojeda le llevase en la expedición que preparaba en Sevilla, lo que le fué concedido, pero no se dice con qué situacion, de lo que debemos inferir que iba en calidad de secretario de la expedición, ó como piloto supernumerario. Ojeda partió de Sevilla en 10 de mayo de 1497 con cinco barcos, llevando consigo á Américo, y á los 37 dias de navegacion llegó la escuadrilla al continente de América, al mismo de Paria, descubierto tres años ántes por Colón. Ojeda costó la tierra firme por espacio de mas de 400 leguas, y despues de trece meses volvió á Sevilla. Siendo Américo activo é inteligente, y buen dibujador, hizo sin duda servicios importantes á Ojeda, pues que éste le recomendó á la corte diciendo, que por sus conocimientos había contribuido mucho al buen éxito de la expedición. Ojeda hizo su segundo viaje, llevando consigo á Américo, y sin hacerse mención de que mandase barco alguno. Partió la escuadrilla de Cádiz en mayo de 1499, y despues de 4½ dias de navegacion llegaron á una costa desconocida al sur del ecuador, hallando despues que era la continuacion de la descubierta ántes. Ojeda siguió por el norte, examinó el golfo de Venezuela, y luego se dirigió hácia la isla de Santo Domingo, descubriendo en su tránsito muchas islas, que en la relacion dada por Américo pasaban de mil, una exageracion poética en todos tiempos permitida á italianos y españoles. En la Española tuvo Ojeda algunas disputas con Roldán que se había rebelado contra Colón, y con-

tinuó su ruta de descubrimientos, hasta que se amotinó su gente, y le forzaron volver á Europa. «Cuando se supo en Florencia, dice un historiador de Américo, los grandes descubrimientos hechos por Vespucci, mandó la república hacer grandes regocijos, en honor de haber nacido en su suelo un hombre tan grande.» Buen Dios! si esta es la veracidad é imparcialidad de los biógrafos, bien se puede desconfiar de cuanto hallamos en las vidas escritas de muchos héroes. Como quiera, Américo no tuvo grado ni empleo en España, sino alguna situacion como dependiente del Almirante Ojeda, bajo quien es probable aprendió el pilotaje. No pensando Ojeda en mas expediciones, pasó Américo al servicio de Portugal, y se dice que hizo dos viajes en calidad de piloto, costeando el Brasil hasta la boca del río de la Plata, pero en calidad de subalterno, pues que no obtuvo mando ni grado alguno en Portugal, donde vivió en su primera visita á Lisboa hasta 1506.

A este tiempo terminó la carrera de su vida el inmortal Cristóbal Colón, y Sevilla hizo los mayores honores al héroe genovés. Américo volvió entónces á Sevilla, y la corte de España le nombró geógrafo, ó mas bien hidrógrafo, ocupándose en hacer cartas de navegacion, señalar las costas de los países hasta entónces descubiertas y escribir derroteros, poniendo en las cartas su nombre como autor ó como hidrógrafo. En las primeras navegaciones á los parajes ya descubiertos, se acostumbraba llevar estas cartas para el gobierno de los pilotos, y la llamaban cartas américas, circunstancia singular, que sin saber cómo dió el nombre del florentino á la mitad de la tierra, sin que el mismo Américo hubiese buscado ni esperado este honor, y sin escitar la envidia de nadie, porque ninguno le miraba como rival, ni tan vano que aspirase á un honor que no había merecido hombre alguno de las otras partes del mundo.

Nuestro objeto no ha sido hacer el panegirico de Américo Vespucio, ni tampoco desestimarle, sino investigar la verdad. No hay razon alguna para negar que poseyese grandes y aun extraordinarios talentos, como le atribuyen los florentinos, y si no hizo fortuna como comerciante, si no obtuvo grados ni condecoraciones en España ni Portugal donde sirvió, deberémos atribuirlo á su carácter modesto y humilde. No hallamos escritor alguno que acuse al gobierno de España ni al de Portugal de ingratitud para con este hombre, mientras que los extranjeros acusan unánimemente, con igual injusticia, envidia, ó malicia, á los reyes católicos como ingratos á Colon, sin embargo de haber recibido éste cuantos grados, títulos y honores podia conferirle la autoridad real. Todos convienen en que Américo no tuvo jamás mando en gefe ni aun en un solo barco, que nunca navegó hasta en el año de 1497 en la escuadrilla de Ojeda, cinco años despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, y solo mezclándose la caprichosa fortuna, como suele hacerlo por antojo vino á quedar grabado el nombre de América hasta el fin de los siglos. Américo murió en Lisboa en 1516, habiendo pasado segunda vez al servicio del rey Manuel.

Luego que Américo volvía de un viaje, escribía los acaccimientos en cartas á Florencia, dirigidas unas veces al gran duque Lorenzo de Médicis, y mas comunmente á su amigo Pietro Soderini, adonde poco despues de su muerte se publicó un diario de sus cuatro viajes en latin, traducido despues en francés que no hemos podido hallar para juzgar por la narracion, de la parte que tuvo en aquellas expediciones.

N. L.



## LA HISTORIA.

A MI AMIGO D. LUIS DE OLOXA.

CANTA, poeta, en tu dorada lira  
 Las voces que natura  
 Con entusiasmo mágico te inspira;  
 Canta tú la ventura  
 De ese vergel consolador, ameno,  
 Salpicado de flores  
 Bajo ese cielo nitido y sereno:  
 Canta, sí, la armonía  
 Del ruiseñor que hora sus amores  
 Bajo la copa umbria  
 Del verde roble, cuya sombra empaña.  
 El puro espejo que las ondas baña.  
 ¿No ves, no ves la magestosa torre  
 Que aun hasta el cielo su soberbia frente  
 Pretende levantar?—¿Ves la grandeza  
 Con que al austro inlemente  
 Desprecia y de las aguas la fiereza?  
 La ves, gigante amenazando impía,  
 Fiel guardadora con semblante airado  
 A esa ciudad dó reina la alegría?  
 Pues solo de ella mirarás un día  
 Un recuerdo pasado;  
 Verás escombros, polvo vil y nada.  
 Poeta, ven, tu citara apreciada  
 Estrecha con tu mano  
 Y cuenta al mundo su esplendor ufano,  
 Para que el mundo vea  
 Con entusiasmo ardiente,  
 Cuando los fastos de la historia lea  
 Que donde encuentre nada  
 Hoy, fué una torre escelsa y celebrada.  
 La historia fué la que legó á los  
 hombres  
 En sus eternas páginas de oro  
 La muerte del Señor, cuando pendiente  
 De la Cruz en el Gólgota eminente  
 Al mundo daba celestial tesoro  
 Con su sangre divina;  
 Cuando cercada de punzante espina  
 Su marchitada frente  
 Le vió el pueblo con bárbaro tormento

Lanzar ¡ay! tristemente  
Del hondo pecho el postrimer aliento.

Todo la *historia* nos enseña; un día  
Fué Roma poderosa,  
Sus águilas osó con bizarría  
Por todo el orbe dilatar.—Gozosa  
Sujetó con sus armas imperiales  
A la robusta Gales,  
Y con mentido halago  
La España conquistó, venció á Cartago.  
Hoy ya de aquella principal señora  
Por dó quier vencedora  
Queda solo en el mundo una memoria,  
Y aun ésta moriría  
Si entre sus bronces la eternal historia  
No esculpiera de Roma la osadía.—

España vió á Colon; vióle rompiendo  
Con su valor los nítidos cristales  
Y montes altos de brillante plata,  
En su confusa mente revolviendo  
La placentera idea  
De descubrir cien vastos arenales;  
Los torrentes desata  
Que ocultan los tesoros que desea;  
Llegó, estendió su hueste valerosa  
Y un dilatado suelo  
Halló por premio de su ardiente anhelo.  
*Fernando* ornó su frente victoriosa  
Con lauros eternos,  
Y colocó sus hechos en la historia,  
Que aumentan hoy del español la gloria.

Hubo tambien de Córcega un guerrero  
Que casi en nuestros días  
Sujetó con sus águilas impías  
Valiente al orbe entero;  
Ganó batallas, sujetó naciones,  
Y vió á sus piés ya rotos los pendones  
Del Austria, Rusia y de Milan altiva:  
Tembló Bretaña al escuchar su nombre,  
Y absortos contemplaron  
Los hombres el esfuerzo de aquel  
hombre:

Meció su infancia miserable cuna  
Y luego le acataron  
Los pueblos y cual rey le proclamaron;  
Y el que coronas con su planta hundía,  
Yace debajo de la tierra fría,  
Quedando solo de su invicta gloria  
Las páginas eternas de la *historia*.

Hubo, un Tasso, un Petrarca y un  
Virgilio,  
Soles radiantes de la culta Italia;  
Hubo un Lope de Vega en nuestra  
España  
Y un Calderon tambien y hubo un  
Cervantes,  
Que iluminaron del saber amantes,  
Su castellano suelo;  
Poetas fueron, que con dulce lira  
Entonaron amores  
La sien orlada de laurel y flores;  
Los hechos celebraron  
De sus héroes y reyes, y su fama  
Por el orbe llevaron,  
Que con asombro los contempla y ama.  
Hoy un oscuro, impenetrable velo  
Oculta sus reliquias apreciadas,  
Pero esculpe en sus páginas la historia,  
Sus versos y sus obras adoradas.

Esos lienzos sublimes  
Que ora retratan de Jesus la muerte,  
Ora el valor del castellano fuerte  
En la ardiente pelea;  
Esos los restos son, aunque eternos,  
De los hombres que un día,  
*Artistas* proclamó la patria mia;  
Solo sus lienzos en el mundo quedan  
Y verdes lauros en la tumba fría.

Poeta, ven y nuestro canto alcemos  
Como la voz del órgano sonoro,  
Y en delicioso coro  
Al Señor y á sus obras alabemos;  
Ven, y alcancemos juntos en la historia  
La corona inmortal que da la gloria.

J. MONTADAS.

Sevilla.



ALBUM.

## Teatros.

**PRINCIPAL.**—Noches pasadas se ejecutó la *Scaramuccia*; en la generalidad el público salió descontento de ella, pero no se puede negar que tiene piezas lindísimas, entre otras el *duo de Sandrina y Tomaso* en el primer acto: el *terceto* del mismo y la mayor parte de los ceros. Por lo visto las óperas bufas no tienen partido en Cádiz, y haría muy bien la empresa (si mira por sus intereses) en no poner mas en escena óperas de este género.

En cuanto á la ejecucion estuvo muy regularmente, pero en particular la *Sra. Plañol* en la parte del Condesito: cada vez nos cercioramos mas y mas de la aplicacion de esta jóven artista, y de los adelantos que diariamente se le notan. El *Sr. Calcet* cantó con la maestria que le distingue la parte de *Scaramuccia* (que no es una gran cosa): quisiéramos hacer una pregunta á la empresa, ¿cómo es que el *Sr. Calcet* no hace mas que insignificantes papeles, ó casi partiquinos, siendo un jóven de las mas privilegiadas facultades, estudioso sin igual y que ha sido aplaudido en los teatros de la Corte con entusiasmo en diferentes papeles principales de las mejores óperas? No sabemos en qué pueda consistir; pero creemos que la empresa debia hacer presentar al *Sr. Calcet* con alguna parte de desempeño en que pudiera lucir los brillantes estudios que ha recibido, y la inteligencia que le distingue.

Sabemos que están para ponerse en escena *Lucrecia Borgia*, el *Nuevo Belisario*, el *Moises*, y la *Conjuracion de Venecia*. Deseamos á la empresa la pros-

peridad que merece la asiduidad con que trabaja por presentarnos cosas nuevas cada dia en la escena.

**BALON.**—Hemos empeñado nuestra palabra de no hablar mas de este teatro mientras no se noten adelantos en él; por hoy podrémos decir que en la semana han sido 0, 0, 0. Escluyendo de estos ceros al *Sr. Vico*, que representó perfectamente el papel de *Garulla* en el sainete de este nombre hecho antenoche.

J. B. y G.

**INDICE.**—Bellas artes. El Antinoo. —Soneto, por *D. Juan José Bueno*. —La Historia; su verdadera definicion. —El manuscrito de un suicida; novela original; *continuacion*. —A Tánjer. Despedida; *poesia*. —Américo Vespucio; *artículo biográfico*. —La Historia; *poesia*. —Album.

*Este periódico se publica todos los jueves. Su precio es el de 3 rs. mensuales en Cádiz llevado á casa de los señores suscriptores, y 4 recogido en el despacho; por trimestres 12; en las provincias 5 reales por un mes, franco de porte, y 14 por tres meses.*

*Se suplica á los señores que no sean colaboradores de este periódico, que al dirigir sus cartas, sea por reclamacion ó por otra causa cualquiera, tengan la bondad de franquearlas, sin cuyo requisito se dejarán en el correo.*

CADIZ:

IMPRENTA DE D. DOMINGO FEROS,  
A CARGO DE N. GUERRERO,  
calle de San Francisco núm.º 58.